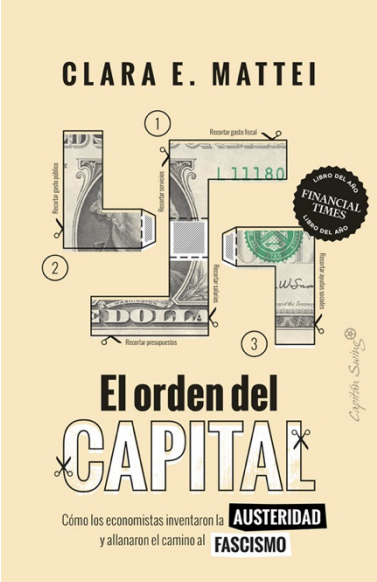
Revista de Economía Crítica
Journal of Critical Economics
ISSN 2013-5254
Nº 38 segundo semestre 2024
#38 Second Semester of 2024

Mattei, Clara E; EL ORDEN DEL CAPITAL. CÓMO LOS ECONOMISTAS INVENTARON LA AUSTERIDAD Y ALLANARON EL CAMINO AL FASCISMO, (503 pp.) Capitan Swing Libros, Madrid 2025 ISBN 978-84-129532-5-1

https://doi.org/10.46661/rec.12274

Albert Recio Andreu
Universitat Autònoma de Barcelona
Albert.recio@uab.cat



Clara E. Mattei es una economista italiana con una larga formación en universidades anglosajonas. Actualmente dirige el recién creado Center for Heterodox Economics en la Universidad de Tulsa (Oklahoma). El núcleo de su investigación es analizar la influencia de los economistas en la elaboración y justificación de las políticas económicas y su relación con los intereses del capital. El libro está centrado en mostrar como las políticas de austeridad, diseñadas en la década de 1920s, contribuyeron a resolver la crisis de dominación producida a finales de la Primera Guerra Mundial y a cerrar las posibilidades de un cambio sistémico. Para ello realiza un análisis comparado de dos casos contrapuestos, el del Reino Unido liberal y el de la Italia fascista, mostrando las íntimas conexiones entre una y otra respuesta, más allá del diferente sistema político de ambos países.

Su argumento se desarrolla en dos partes diferenciadas. La primera "Guerra y crisis" se dedica a mostrar como la Primera Guerra Mundial generó una crisis en las políticas liberales de gestión económica abriendo el paso a una masiva intervención pública y generando una respuesta obrera que apuntaba a la introducción de fórmulas de autogestión. La segunda "El significado de la austeridad" analiza cómo las políticas de austeridad diseñada por economistas académicos y altos funcionarios fueron esenciales para la recuperación del poder capitalista. De aquí que la conclusión del trabajo se centre en considerar que las políticas de austeridad son esencialmente, políticas de clase diseñadas para recuperar las tasas de beneficios y el poder del capital sobre la sociedad.

En el primer capítulo "La Primera Guerra Mundial y la Economía" se analiza como en ambos países se produjo un cambio en el paradigma de gestión económica obligado por la necesidad de centralizar gran cantidad de recursos productivos no sólo en aras al esfuerzo bélico sino también para garantizar la paz social en la retaguardia.

© The Author(s). Open Access.
This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.

También para movilizar a una fuerza de trabajo en un contexto de agotamiento del ejercito laboral de reserva. Hubo, en ambos países una militarización de las relaciones laborales, creándose mecanismos de arbitraje para regular salarios y condiciones de trabajo. Pero en su conjunto estas medidas hicieron evidente que bajo ciertas condiciones, la gestión pública de la economía era factible y relativamente eficiente. Aunque a cambio se produjo un endurecimiento de condiciones laborales justificado por el esfuerzo de guerra.

En el segundo capítulo "Una nueva corriente de pensamiento" se analiza el impacto de la experiencia en el pensamiento de los gestores públicos. Una parte de los mismos aprendieron que la gestión pública era eficiente en divesos campos y se empezó a pensar en la bondad de las nacionalizaciones, especialmente de los ferrocarriles. También en la necesidad de impulsar medidas sociales para garantizar mejores condiciones de vida a las masas trabajadoras y se diseñaron ambiciosos planes de vivienda y de extensión de la sanidad y la asistencia pública. La Guerra había propiciado un giro en favor de la gestión pública y había una demanda social creciente.

El tercer capítulo "La lucha por la democracia" describe la enorme variedad de respuestas obreras en los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra en demandas y experimentos de democracia social. En sus propias palabras:

> "la crisis de legitimidad del capitalismo nació de desnudarlo durante la Primera Guerra Mundial: la intervención estatal en las economías nacionales amplió los límites de lo que era políticamente posible y, al hacerlo, abrió espacios para una mayor imaginación política en torno a la organización de las relaciones socioeconómicas" (p 113).

Fue un momento de elevada movilización y politización que se manifestó en formas muy diversas: crecimiento de la afiliación sindical, del apoyo electoral al Partido Laborista en Reino Unido, de las huelgas (incluso para evitar el envío de armas a los rusos blancos). En el intento de los mineros británicos del carbón de obtener control sobre el proceso productivo negociado con el estado. O de la promoción de cooperativas autogestionadas en Italia y de la gestación de planes de vivienda por los sindicatos británicos. Una clara demanda de lo que hoy llamaríamos gestión público-social de la economía opuesta al capitalismo.

Cierra la primera parte "El nuevo orden", que está dedicado a estudiar los movimientos más radicales de izquierdas que abogaban directamente por la autogestión. El primer experimento tuvo su inicio en la huelga de los metalúrgicos de Clydeside (Escocia) y se extendió por todo el país en el movimiento "Rank and file" donde los trabajadores de los centros de trabajo escogían a sus propios delegados y se generó una sucesión de huelgas que exigían el control obrero. El "experimento" inglés fue la base sobre la que se desarrolló la reflexión del grupo italiano del "Ordine nuovo" (A. Gramsci, P. Togliatti, A. Tasca, U. Terrasini), que alimentó un importante proceso huelguístico, con origen en la Fiat de Turin que se traducía en la creación de consejos obreros que planteaban el control de la producción mediante la ocupación de fábricas. Finalmente las huelgas concluyeron con un acuerdo sobre condiciones laborales. Pero una gran parte de la burguesía industrial consideró que esta era una mala salida debida a que el estado no había jugado a fondo su capacidad represiva.

La segunda parte está destinada a analizar en qué medida las políticas de austeridad se construyeron para revertir la situación y recomponer el viejo orden capitalista. Esta parte se inicia con una introducción donde la autora presenta un esquema sobre el contenido de la austeridad que se expresa en tres niveles que se interrelacionan y retroalimentan: austeridad fiscal (recortes presupuestarios de políticas sociales, imposición de impuestos regresivos), austeridad monetaria (restricciones al crédito, altos tipos de interés) y austeridad industrial (imposición de la paz laboral y refuerzo de la jerarquía empresarial). Una tríada de políticas que se presentan como imposiciones "técnicas", despolitizadas, fuera del debate público.

El capítulo 5 "Los tecnócratas internacionales y la construcción de la austeridad" da cuenta de cómo se teorizó su necesidad cuando se discutió internacionalmente el grave problema del endeudamiento generado por los costosos gastos de guerra. El esquema básico se elabora en dos Conferencias internacionales celebradas en Bruselas (1920) y Genova (1922) en la que junto a representantes del Tesoro y de los bancos centrales tuvieron un papel destacado una serie de académicos que dotaron de base científica a la propuesta: Maffeo Pantaleoni

(Italia), Charles Gide (Francia), Gijsbert Weijer Jan Bruins (P. Bajos), Arthur Cecile Pigou (Reino Unido) y Gustav Cassel (Suecia).

En el conjunto de estas conferencias se teorizó la necesidad de una política de sacrificios para eliminar el grave problema de la deuda que se concretaba en el diseño tridimensional de la austeridad fiscal (duro recorte del gasto fiscal generado por la Guerra), monetaria (con el objetivo de restablecer la estabilidad de la moneda y la vuelta al patrón-oro) e industrial (restablecimiento del orden capitalista en los centros de trabajo). La cita del representante británico Lord Chalmers resume adecuadamente la línea argumental del proyecto:

> "Sin pagar el precio como nación, sin conseguir ese equilibrio y esa estabilidad que están en la base de la confianza, no puede haber esperanza alguna. A ello debemos dedicar todas nuestras energías. ¿Cómo vamos a hacerlo? Creo que la respuesta es muy dolorosa y, sin embargo, muy sencilla. Es esta: que todos debemos trabajar duro, vivir de forma austera y ahorrar mucho" (p 206)

En la opinión de las élites que participaron en las dos conferencias la imposición de estas políticas era inevitable, la única racionalmente aceptable. Y plantearon dos vías para imponerla. La primera democrática, basada en la generación de una cultura social favorable al sacrificio. Si esta fracasaba, la segunda se basaría en la imposición autoritaria. Hecha en nombre de la necesidad. El "there is no alternative" no nació con Margaret Thatcher.

Los dos capítulos siguientes "Austeridad, una historia británica" y "Austeridad, una historia italiana" están, precisamente, dedicados a mostrar como estas mismas políticas se aplicaron en un contexto de democracia liberal (Reino Unido) y en uno de autoritarismo fascista (Italia) y a mostrar el papel que tuvieron los intelectuales orgánicos en su formulación.

En Reino Unido la política de austeridad se empezó a formular a partir de 1918 con la creación de la Comisión sobre Moneda y Divisas de la que formaron parte expertos del Tesoro, académicos y economistas del Banco de Inglaterra. El principal aliento intelectual fue el economista del Tesoro Ralph Hawtrey, autor de dos obras de gran influencia *Good and Bad Trade* (1913) y, especialmente *Currency and Credit* (1919). Su idea central es que la inflación era una plaga peligrosa, provocada por un exceso de gasto, especialmente de las clases subalternas que no tenían hábitos de ahorro. El ahorro era crucial para garantizar la acumulación. Y para ello plantearon políticas impositivas regresivas: los impuestos directos pasaron de representar el 75,1% en 1919-20 a un 64,1% diez años más tarde; fuertes recortes de gasto público y derrota del plan de vivienda defendido por los sindicatos; eliminación de controles públicos y eliminación de ministerios innecesarios; despido del 11% de empleados públicos. El resultado de esta política de austeridad generó la recesión de 1921 que por sí misma tuvo un fuerte poder de moderación de las demandas obreras. La política de austeridad tuvo continuación en años posteriores con una política monetaria de altos tipos de interés, el paulatino desmantelamiento de las políticas de apoyo a las condiciones de vida de las clases populares y la aprobación en 1927 de una Ley sobre Conflictos Laborales y Sindicatos que introdujo numerosas restricciones a los derechos de huelga, a los piquetes y a los sindicatos. La política de austeridad sostenida restableció el antiguo equilibrio de poder y alejó las demandas de transformaciones profundas que se habían planteado al final de la guerra. En el caso británico esta política estuvo liderada por tecnocracia de las grandes instituciones económicas que fue capaz de generar un discurso formal que bloqueó cualquier debate político.

En el caso italiano la política de austeridad se impuso con la toma del poder por Mussolini en 1922. Pero fue auspiciada intelectualmente por economistas teóricos del propio partido fascista Alberto de Stefani, Maffeo Pantaleoni (el más prestigioso, el introductor en Italia de la economía neoclásica con su obra *Principi de economía pura* (1899) y los liberales Umberto Ricci y Luigi Einaudi. Los tres primeros tuvieron una participación directa en la administración fascista. Einaudi critico con su autoritarismo fue un defensor de sus políticas económicas en numerosos artículos divulgativos en el *Corriere de la Sera* o en *The Economist*. Contaron además con el apoyo externo de Vilfredo Pareto. La política de los primeros gobiernos fascistas constituyeron una política de austeridad de manual: fijación de nuevos impuestos a las rentas bajas y al consumo, al tiempo que se eliminó el impuesto de sucesiones, fuertes recortes de gasto social. El peso del presupuesto cayó en 10 años del 29 al 13% del PIB; aumentos de tipo de interés que revalorizaron la lira. Y sobre todo una brutal política industrial que eliminó de

facto a los sindicatos de clase. En sus propios términos de disciplinar a la población y trasladar riqueza a las rentas altas el programa fue un éxito. Y obtuvo el beneplácito de los poderes financieros mundiales.

El capítulo 8 "La austeridad y el fascismo italiano a través de la mirada británica" tiene como objeto mostrar que el fascismo italiano fue bien visto por las élites británicas porque predominaron los intereses capitalistas sobre la democracia. Por una parte porque en las élites económicas, incluidas las académicas, predominaba una visión de la economía basada en la acumulación de capital en manos de los ricos. Y en este sentido el proyecto fascista fue impecable. De otra porque existían intereses concretos en la estabilización de la economía italiana debido a su elevado endeudamiento con la banca inglesa y la voluntad de los británicos de expandir sus exportaciones. El ajuste impuesto por Mussolini facilitó alcanzar estos objetivos.

Lo que se cuenta en este capítulo podría generalizarse a muchos otros casos del pasado, por ejemplo el apoyo británico a Franco y, en general la habitual cooperación de las grandes naciones capitalistas con todo tipo de dictaduras periféricas.

En el capítulo 9 "La austeridad y sus "éxitos" se presentan evidencias estadísticas de cómo estas políticas alcanzaron, en ambos países, el objetivo de restablecer el poder del capital. En sucesivos cuadros se muestra la caída de la cuota salarial en la renta, el crecimiento de la tasa de explotación (medida como el ratio cuota de beneficios/ cuota salarial), de la tasa de beneficios (aunque el cálculo resulta en este caso discutible, y para quien escribe difícil de entender), la caída de la afiliación sindical en Reino Unido (en Italia completa desaparición), el desplome de las huelga, la caída de los salarios reales.

Y en el capítulo final "Austeridad eterna" y el Epílogo recuerda que si bien el proceso histórico que analiza es particular, ha tenido continuidad en otros contextos históricos. Su análisis corresponde a uno de los momentos más críticos de la historia del capitalismo, con países altamente endeudados y exhaustos tras la larga guerra y con movimientos obreros activos movilizándose con demandas anticapitalistas (animados sin duda por el éxito de la Revolución rusa). Pero las políticas de austeridad han reaparecido sistemáticamente y han formado uno de los núcleos de las políticas neoliberales. Tanto en la aplicación de los planes de ajuste en países dependientes, como en la centralidad de la lucha anti-inflación en todas partes.

En conjunto el trabajo de Clara Mattei aporta una notable comprensión a un momento crucial de la historia e ilumina muchos aspectos de la historia posterior. El uso de "terapias de shock" como arma para recomponer los intereses del capital no nació con Reagan y Thatcher. El capitalismo es un sistema proclive a generar situaciones críticas, locales y generales. Y lo que da fuerza a las políticas de austeridad es que se trata de respuestas interiorizadas entre las élites empresariales, funcionariales y académicas que son las que aconsejan y toman decisiones en estas situaciones. La crisis ecológica empieza a propiciar nuevas situaciones críticas que se añaden a las tradicionales crisis financieras. La debilidad de las respuestas alternativas nace, a mi entender, no sólo del desigual poder social de capitalistas y trabajadores, sino también a la ausencia de respuestas alternativas bien pensadas por parte de los opositores. Como señala la autora el papel de las élites académicas resulta crucial. Y por ello es tan necesario que sigamos trabajando en potenciar corrientes críticas que sirvan para confrontar los falaces modelos que sostienen las políticas de austeridad y sean capaces de ofrecer alternativas socialmente deseables.